

Dentro de dos o tres generaciones, los principales consumidores y conocedores de productos de la alta cultura serán exclusivamente las capas superiores de la sociedad (como siempre había sido). Ya ahora tenemos una política muy rigurosa de "cultura para el pueblo", la cual conviene plenamente a las capas inferiores de la sociedad; es una política de creación de formas culturales inferiores ("superiores" en el lenguaje de la demagogia) para las capas inferiores.

—Alexander Zinoviev

El tema que abordo es uno que me parece crucial: la ausencia en nuestra cultura de espacio para la existencia espiritual. Hemos extendido la esfera de nuestros bienes materiales y conducido experimentos materialistas, sin tomar en cuenta la amenaza que representa el privar al hombre de su dimensión espiritual. El hombre sufre, pero no sabe por qué. Él siente una ausencia de armonía y busca la causa de ello.

—Andrei Tarkovski

Boris Kagarlitsky

La explosión cultural soviética

Cuando, en la primavera de 1985, tuvo lugar en Moscú el tercer funeral ceremonial en tres años, la mayoría de la inteligencia se encontraba en un estado de apatía y pesimismo. Ello no se debía a algún pesar por el fallecimiento del secretario general del PCUS, Konstantin Chernenko, sino a causas muy distintas. Los ideólogos del momento describían a la era Brezhnev de la historia soviética como "una era de estabilidad". Más tarde comenzaron a llamarla "un lapso de estancamiento". Hay elementos de verdad en ambos juicios, pero el problema a principios de los años ochenta no consistía en saber si el brezhnevismo había sido bueno o malo, intrínsecamente, sino en el hecho de que dicha política había llegado a su punto de agotamiento. La situación económica del país empeoraba día con día. La vida cultural, basada en las ideas y controversias heredadas de los años sesenta, se hallaba en una crisis profunda. La muerte de Brezhnev claramente había "llegado demasiado tarde", y con ella también el cambio de curso. El acceso al poder de Yuri Andrópov en noviembre de 1982 despertó en muchos la esperanza de cambios radicales, pero desdichadamente Andrópov sobreviviría apenas quince meses a Brezhnev. En ese lapso no sólo no tuvo oportunidad de efectuar cambios importantes en la economía y en la esfera política, sino que ni siquiera pudo ejercer influencia alguna en el clima psicológico general. Cuando a Andrópov lo sucedió Chernenko —a quien el propio Brezhnev había considerado su sucesor—, se tornó obvio que las esperanzas no habían de realizarse.

EL GIRO DE GORBÁCHOV

A principios de 1985 el punto de vista más común entre la inteligencia liberal y de izquierda era que el "brezhnevismo sin Brezhnev" sería el destino del país durante los evos por venir. Algunos de los líderes espirituales tradicionales de la inteligencia habían muerto (Vysotsky, Trifónov), mientras que otros habían emigrado (Liúbimov, Tarkovski). Los que permanecían con vida y en el país se sentían hundidos en el pesimismo más negro. Sin embargo, los tiempos cambiaron. Mijaíl Gorbáchov llegó al poder con la firme intención de realizar los cambios que Andrópov no había podido llevar a cabo. El equilibrio de fuerzas dentro de la dirigencia del Partido se alteró en provecho de las tendencias reformistas y tecnocráticas, las cuales se disociaron del brezhnevismo. La reestructuración que se inició tenía por fuerza que afectar todas las esferas de la sociedad soviética.

Tanto en su profundidad como en su escala estos sólo pueden compararse a la política de

desestalinización que realizó Nikita Jruschov en los años cincuenta. Tal comparación, sin embargo, devela tanto similitudes cuanto diferencias. Cuando en 1956 Jruschov desenmascaró a Stalin en el XX Congreso, la mayor parte de la población sufrió un shock. Entre la inteligentsia, el alboroto pronto se convirtió en euforia reformista. Se formaron tendencias intelectuales de izquierda que muy pronto se tornaron activas, si bien a menudo se basaban en nociones un tanto ingenuas. Treinta años más tarde, el XXVII Congreso, bajo el liderazgo de Gorbáchov, no supuso ninguna revelación sensacional. Al principio los cambios en el país no fueron tan abruptos, aun cuando fueran considerablemente más hondos. A diferencia de la época de Jruschov, no se trataba ahora de "corregir en la esfera política, sino de llevar a cabo una extensa reestructuración" (*perestroika*) que afectaba la economía, la política y la cultura.

A la inteligencia, por su parte, le tomó tiempo sobreponerse a su apatía. Al igual que la vez anterior, todo comenzó con un reexamen de la historia. Incluso antes del congreso del Partido, se habían presentado en teatros moscovitas las obras *La dictadura de la conciencia*, de Mijaíl Shatrov, y *Habla...* de A. Buravski. La primera, escrita por un autor que había sido popular en los años sesenta, estaba dedicada a Lenin, y su propósito principal era revivir las ideas liberales de la época de Jruschov. En *Habla...* la acción tiene lugar en la provincia a principios de los años cincuenta. Stalin muere y Jruschov llega al poder; hay una sustitución de líderes locales, y los nuevos sinceramente desean mejorar la situación y las vidas de la gente. Sin embargo, ni haber verdaderos cambios hasta que las masas no tomen su propio destino en sus manos. Y cuando las bases trabajadoras comienzan a hablar abiertamente sobre sus derecho, citando sus demandas y eligiendo a sus propios líderes, los funcionarios progresistas sienten un miedo que no es menor que el de los conservadores. La iniciativa asumida por los estamentos inferiores resulta ser una "insubordinación" y un "motín".

En los años ochenta no hay sitio para las ilusiones de los años cincuenta. Esto es un signo de que la sociedad ha madurado; pero la sobria conciencia de las dificultades en el camino del cambio inhibe a mucha gente. Ahora resulta más difícil decidirse a dar pasos importantes y definir una línea de conducta que en el periodo anterior. Con todo, después del XXVII Congreso efectivamente hubo cambios. La televisión se volvió considerablemente más interesante, las facultades de la censura se vieron severamente restringidas, la influencia del Ministerio de Cultura sobre la creatividad artística declinó en forma marcada, y se comenzaron a publicar libros que previamente habían sido prohibidos.¹

Leer los periódicos se convirtió en una labor fascinante. En *Sovetskaya Kultura* una columna intitulada "Lenguaje directo" permitió que artistas y escritores reputados se expresaran francamente sobre los problemas que les preocupaban: la censura y la libertad

¹ Entre otros y señaladamente, la inminente aparición de *El doctor Zhivago* de Borís Pasternak. Véase, en este mismo número, el artículo de Max Hayward sobre el significado que Pasternak tuvo como líder espiritual de la inteligentsia durante el stalinismo. [E.]

para crear, la democratización de la sociedad, la injusticia social. Artículos semejantes también aparecieron regularmente en *Literaturnaya Gazeta*, aun cuando el editor en jefe de esta publicación, A. Chakovski, de ninguna manera se contaba entre quienes apoyaban tales cambios. Quedó claro que Gorbáchov y quienes lo rodean no sólo leían estos artículos, sino que además les prestaban mucha atención. Por ejemplo, un artículo del dramaturgo Alexandr Gel'man sobre la resistencia conservadora a las reformas (este autor aptamente llamaba a los opositores al nuevo curso "los nuevos disidentes") fue mencionado por el Secretario General en uno de sus discursos. También, como ya dijimos, tuvo lugar un gran cambio en la televisión. En tiempos de Brezhnev, todo programa era pregrabado y transcrito a fin de que las autoridades pudieran verificar todo elemento sedicioso, mientras que a partir de 1986 empezaron a mostrarse más y más programas en vivo. Si bien esto ha regido ante todo en las áreas menos controvertidas, hoy en día se está volviendo difícil definir cuáles programas se ocupan de problemas políticos y cuáles no. Incluso en el programa de variedades *Correo de la mañana* el animador de vez en tarde se permite hacer alguna broma acerca del control burocrático sobre los medios.

EL PISO DOCE

La innovación televisiva más interesante es probablemente el programa mensual para gente joven llamado *El piso doce*. Sus millones de televidentes han sido testigos de cómo se les muestran muchos de los agudos conflictos sociales y psicológicos de nuestra sociedad, los procesos que tienen lugar entre nuestros jóvenes, los cambios en la conciencia y la conducta de las masas que tienen lugar desde principios de los años ochenta. Quienes participan en el programa —tanto expertos invitados al estudio como gente joven de la calle— conversan honesta y agudamente a propósito de la ineficiencia del aparato estatal, la necesidad de libertad de la gente, crisis espiritual y el conflicto entre las generaciones. Importantes funcionarios se ven obligados a responder a preguntas irritadas, y a veces groseras, que les dirigen jóvenes que evidentemente tratan de desahogar la protesta social que se ha acumulado.

Desde luego, los productores de *El piso doce* procuran suavizar el efecto general recurriendo a todo tipo de medidas técnicas y editoriales y cortando algunos de los comentarios más hostiles. En general, no obstante, lo que se muestra es bastante objetivo, y lo que a fin de cuentas importa, desde el punto de vista del televidente, no son tales declaraciones de tales individuos, sino la impresión general. Es de particular importancia que, a través de *El piso doce*, el público en general haya llegado a conocer tanto las ideas como a los líderes del nuevo movimiento entre los jóvenes. Poco a poco, mucho de lo que se conversa en *El piso doce* llega a las páginas de la prensa, lo que da lugar a discusiones serias sobre problemas que, hasta hace poco, la gente prefería no abordar.

Se ha llegado a una situación en que la lectura de un periódico es a veces más interesante que una novela, y en que una discusión por televisión suscita más interés que un película

artística. Esto a su vez está produciendo una especie de crisis en el arte. Sin embargo, debe decirse que la responsabilidad no la asumen tan sólo los periodistas o sociólogos que han comenzado a escribir más honradamente —lo cual, por lo demás, no es cierto de todos—, sino también la propia inteligentsia creadora. Resulta significativo que lo que más estimuló al público a mediados de los ochenta no fueron obras nuevas, sino obras antiguas que habían sido suprimidas en periodos anteriores. Al levantarse las prohibiciones, la estética censurada al fin recibía honores. Por otra parte, las obras nuevas fueron notoriamente incapaces de competir con las películas o novelas heredadas de años anteriores. El escritor satírico Mijaíl Mishin preguntaba maliciosamente en el no de 1986: "¿Qué haremos cuando se permita todo lo que solía estar prohibido?"

Las películas más populares de 1985-87 —*Examen de carretera* de German, *Tema de Panfilov*, *Arrepentimiento* de Abuladze— fueron todas "sacadas del estante": *Examen de carretera* había estado depositada allí durante quince años, hasta que la prohibición cesó bajo Chernenko. La publicación de obras de Nabókov, Gumilev y otros escritores del siglo XX —que por razones políticas habían sido excluidas de la historia oficial de la literatura— suscitó un interés particular en los lectores, como también la aparición de textos inéditos de los recientemente fallecidos Trifónov y Vysotsky, o materiales sobre ellos.

Por supuesto que la proyección de una película prohibida en tiempos de Brezhnev no siempre significó un verdadero acontecimiento cultural. Una larga película de Shatrov, hecha en 1969 y exhibida por primera vez en 1987, no conmovió en absoluto al público. En otros tiempos, una de las principales razones para prohibir había sido que mostraba a Bujarin con simpatía; hoy en día se habla en muchos sitios de Bujarin. Lo que realmente importa, sin embargo, es que la visión sobresimplificada de Shatrov respecto a los acontecimientos de la Revolución —Lenin siempre correcto, y los que discrepaban de él (mencheviques, socialrevolucionarios de izquierda, comunistas de izquierda, etcétera) no villanos sino gente sinceramente confusa— hoy día carece de atractivo para muchos. Para algunos, la historia de la Revolución carece ya de interés, por lo que poco les importan los matices de la polémica de Shatrov con la historiografía oficial del Partido. Otros, que reflexionaron sobre las lecciones de 1917 durante los largos años de Brezhnev, han llegado a la conclusión, más profunda, de que la grandeza de la Revolución no excluye el elemento trágico, y que ninguno de sus líderes era "una máquina para tomar decisiones infalibles" (la expresión es de Trotsky). Por cierto, la ausencia de Trotsky en la pantalla también influyó seriamente en que el público no confiara en la película de Shatrov.

Por otra parte, la novela *Los hijos del Arbat*, de Anatoli Rybakov, consagrada también a un problema histórico —el terror bajo Stalin y la vida de la sociedad soviética en los años treinta—, se hallaba en el centro mismo de la batalla de las ideas incluso antes del XXVII Congreso del Partido. Lo que estaba en juego eran las esperanzas de que hubiera una crítica renovada del stalinismo, así como un nuevo impulso al progreso social, y por tal motivo los círculos conservadores hicieron cuanto pudieron para impedir que la novela se publicara. Y

sin embargo *Los hijos del Arbat* se comenzó a escribir en fecha lejana, a principios de los años sesenta, y representaba primordialmente una fecha en la historia de la literatura.

RESPUESTAS AL CAMBIO

El grueso de la inteligentsia demostró que no estaba preparada para el cambio, y que era incapaz de nuevas ideas o nuevas formas. El "renacimiento espiritual" —del cual hablan tan alegremente los líderes del ala liberal en las uniones oficiales de escritores, ha resultado no ser, en la práctica, más que una recuperación de posiciones que se perdieron en los años setenta. Por lo demás, muchos personajes culturales quedaron gravemente comprometidos. Algunos que, no ha mucho, cantaban loas a plena garganta a Brezhnev, ahora se esmeran por mostrarse entre los partidarios del cambio. Como si obedecieran a una orden, todos y cada uno de ellos se han dedicado a denunciar todo tipo de "carencias". La crítica a ciertas prácticas sociales a veces parece convertirse en una especie de conformismo, y los discursos sobre la libertad en la era Gorbáchev recuerdan los panegíricos a la estabilidad que solíamos escuchar en tiempos de Brezhnev. Como ejemplo típico citemos al poeta Rozhdestvenski, quien censura a Abuladze, en *Literaturnaya Gazeta*, sobre la base de que su película *Arrepentimiento* no expone cabalmente al stalinismo, sino que prefiere utilizar el lenguaje de la alegoría y de las imágenes mitológicas. Ésta es una acusación grave, especialmente si consideramos que el director georgiano hizo su película en un momento en que Rozhdestvenski garrapateaba odas encomiásticas a los herederos de Stalin. Sin embargo, Rozhdestvenski no aspira al papel de maestro espiritual de la inteligentsia. Simplemente se esfuerza por "no quedarse a la zaga del progreso". La situación se torna hartó más complicada en el caso de aquellas personas que pretenden ser líderes o al menos patriarcas, del movimiento hacia delante de la sociedad.

El conocido actor Mijaíl Ul'iánov, que en 1986 se convirtió en una figura destacada de la unión teatral rusa incluso antes del XXVII Congreso, compareció ante los representantes de la prensa occidental para atacar a Yuri Liúbimov y Andrei Tarkovski, quienes habían salido de la URSS. Repetidamente afirmó que ninguna de las producciones de Liúbimov había sido prohibida. Y sin embargo Ul'iánov sabía muy bien lo que realmente había sucedido. La razón de que Liúbimov marchara a Occidente era que, a lo largo de varios años, *ni una sola de sus producciones* había sido autorizada por el Ministerio. No solo Ul'iánov no se avergüenza de su mentira, sino que hace llamados a la limpia moral y habla de una "lucha ardua y sin subterfugios" contra las fuerzas conservadoras. Es cierto que al mismo tiempo hace hincapié en que "los fenómenos de crisis no han sido creados por el sistema mismo", sino que son responsabilidad de ciertos individuos². A fin de cuentas, estos llamados a la lucha se convierten en esfuerzos por redistribuir el poder "de arriba" entre distintas organizaciones y distintos individuos.

DEMOCRACIA "BUENA" Y DEMOCRACIA "MALA"

2 Véase *Sovetskaya Kultura*, 7 de febrero de 1987.

Alguien que se comprometió aún más gravemente fue el dramaturgo V. Rozov, quien se pronunció abiertamente en contra de la democratización del teatro. En sus tiempos, Rozov había producido una revolución en la dramaturgia soviética: se había negado a escribir sus obras conforme a las formulas legadas por la época de Stalin. En los años sesenta, las obras de Rozov fueron modelos de veracidad: su tema no era la grandeza del Estado sino las experiencias del individuo. En los años ochenta, empero, Rozov demostró que era un hombre del pasado.

La oportunidad para la declaración de Rozov la proporcionó la muerte del director A. Efros, así como el subsiguiente conflicto en el Teatro de Arte de Moscú. Efros había llegado al teatro de la calle Taganka luego de que el Ministerio de Cultura forzó a Liúbimov a abandonar la URSS. La compañía de Efros no lo aceptó; las producciones que realizó en la Taganka fueron pretenciosas y endebles. Efros, un notable director, fue atacado, por así decir, de impotencia creadora como precio de su rendición moral. Sin embargo, cuando Efros murió súbitamente a principios de 1987, Rozov utilizó la tragedia para ilustrar cuán fatal viene a ser que los actores no se sometan a su director. Para él las cosas estaban claras. Efros era "la víctima: la compañía, renuente a aceptar al hombre designado por el Ministerio, era el villano. En seguida, el conflicto entre la mayoría de la compañía del Teatro de Arte de Moscú y el director en jefe Efremov produjo como resultado que, cuando por primera vez en nuestra historia se eligió un consejo para dirigir el colectivo, Efremov no logró ser elegido para formar parte de él. Rozov comprendió: había llegado el momento de poner un alto a "los saturnales del populacho contemporáneo".³ Su posición era de lo más sencilla. Hay una democracia "buena" que consiste en la libertad irrestricta, en nada constreñida por la voluntad de la mayoría, de que goza la personalidad creativa con objeto de imponer sus decisiones correctas a la "plebe". Y hay también una democracia "mala", en la que todo el mundo tiene derecho a decir lo que piensa y las decisiones se toman sobre la base de las opiniones de la mayoría. En este caso la democracia es llevada "a los extremos más repugnantes", y el Ministerio de Cultura tiene que intervenir para que "no ocurra una catástrofe". Es por demás típico que, pese a estas opiniones absolutamente antidemocráticas, Rozov y los de su especie todavía se consideren a sí mismos como patriarcas de la renovación espiritual y —lo que es aún más lamentable— hasta cierto punto desempeñen ese papel.

En momentos en que todo mundo alaba la liberalización, es difícil distinguir quién es sincero y quién no lo es. El deportista y escritor Y. Vlášov señaló maliciosamente, en un programa de televisión, que no había nada más repulsivo que la "recuperación colectiva de la vista". Según él, lo que el país necesita no es que se hable en general de libertad, sino un análisis marxista de las causas sociales de la falta de libertad; una lucha para cambiar las condiciones sociales, y no sólo la coyuntura política. Las declaraciones de Vlášov, mostradas por televisión en dos ocasiones, fueron uno de acontecimientos más importantes

³ *Literaturnaya Gazeta*, 18 de febrero de 1987.

de nuestra vida espiritual y social hacia fines de 1986. La estación de TV recibió un torrente de cartas. En esencia, se trataba de hallar una alternativa cultural radical; una manera más fresca y más sencilla de ver la sociedad. Sin embargo, el estado de ánimo que prevalecía entre los miembros prominentes de la intelligentsia creativa era diferente. Mientras Rozov se ubicaba en el flanco extremo derecho del movimiento renovador, y Vlášov demostraba la vitalidad y necesidad de las ideas de su ala izquierda, la mayoría de los intelectuales "renovadores" preferían situarse en algún punto del centro, más o menos fieles a tradiciones del periodo de Jruschov. Esto les ha permitido conservar una apariencia de unidad. Las palabras de Rozov no suscitaron una protesta seria, aparte de un artículo en Moskovskie Novosti, órgano que, bajo el nuevo editor en jefe Yakovlev, se ha convertido en el portavoz de los radicales. Por regla general, la gente deseaba disfrutar de las nuevas libertades sin esfuerzo, en lugar de pensar en reformas de envergadura. Con todo, el desarrollo de los acontecimientos ponía tales reformas en el orden del día.

Como el mismo Gorbáchov lo ha reconocido, las reformas económicas se toparon con una resistencia vigorosa y exitosa por parte de la burocracia, la cual defiende sus privilegios y su poder. No han dado resultado las medidas tradicionales para influir en el aparato. Las órdenes no se acatan: por un lado, muchas decisiones tomadas en las localidades se ocultan a las instancias superiores; por otro lado, resoluciones adoptadas bajo la influencia de Gorbáchov y quienes lo apoyan resultan obstruidas por el acompañamiento de una multitud de instrucciones y documentos explicatorios que acaban por borrar y anular su significado original. Sin la ayuda de alguna libertad de crítica estaba resultando imposible ya no digamos aplastar sino incluso exponer este "sabotaje burocrático". Así pues, la lógica de las reformas económicas exigía una liberalización más amplia. Los nuevos líderes empezaron a interesarse en ciertas manifestaciones de la libertad de pensamiento, y a alentarlas. En esta situación lo que se necesitaba era no solo el relajamiento de la censura, sino transformaciones más cabales.

Los primeros en apreciar esto fueron los cineastas. En el V Congreso de su unión, en mayo de 1986, echaron a sus antiguos líderes y eligieron a nuevos dirigentes que, en su mayoría, habían sido propuestos sin "acuerdo" previo con los órganos del Partido. Muchos participantes en el congreso han aludido a los hechos como a una "revolución", y es cierto que nada semejante se había visto nunca en toda la historia de las uniones culturales de la URSS. En tiempos de Jruschov a veces se habían hecho discursos no menos radicales, pero nunca había sido posible expulsar a la burocracia de la dirigencia de alguna organización. El nuevo cuerpo dirigente de la unión, encabezado por Elem Klimov, ha prometido llevar a cabo una reforma estructural fundamental del sistema entero de producción cinematográfica. Klimov ha postulado nuevas tareas para la unión: no sólo defender de la censura a los cineastas, sino luchar para descentralizar la administración de esta industria.

EL CONGRESO DE ESCRITORES

Los debates durante el Congreso de Escritores, en junio de 1986, fueron aún más ásperos. Los autores liberales y de izquierda enderezaron críticas a la censura, a la corrupción de la dirigencia de la unión y a la interferencia incompetente de los funcionarios estatales en los asuntos culturales. Sin embargo, gracias a los votos de los delegados de provincia, los conservadores lograron conservar los puestos claves de la unión. A fin de asegurarse de que los escritores de provincia votaran de la "manera correcta", los funcionarios partidistas de ciertas ciudades viajaron a Moscú con objeto de vigilar a "sus" delegados; si bien se note la presencia de estos personajes en el congreso, nada podía hacerse. Con todo, la tendencia progresista tomó la revancha en diciembre, en el congreso de la unión teatral rusa: la vieja burocracia y las personas conectadas con el Ministerio resultaron excluidas de los puestos claves de la unión que durante el congreso mismo se fundó, y que sustituye a la Sociedad Teatral Pan-Rusa.

Así pues, la inteligentsia liberal y de izquierda no sólo se tornó activa políticamente, sino que obtuvo control sobre dos de las tres uniones culturales principales. Esto pronto surtió un efecto sobre el curso general de los acontecimientos. A Tarkovski y a Liúbimov se les invitó a regresar a la URSS. Desde luego, la invitación llegó demasiado tarde: Tarkovski murió en París, mientras reflexionaba si debía volver; y Liúbimov, quien se ha afincado muy bien en Occidente, replicó que había firmado contratos que lo ataban durante los próximos años, por lo que, de todas maneras, no podría trabajar en Moscú en el futuro inmediato. (Es muy posible que su respuesta ocultara un deseo de aguardar a ver cómo evoluciona la situación en la URSS.) Al mismo tiempo, hubo un cambio notorio en la práctica de alquiler de películas. Los films de Tarkovski volvieron a mostrarse en nuestras pantallas, y se mostró al gran público películas de notables maestros occidentales que — ¡como *8 1/2* de Fellini! — se habían considerado "demasiado complicadas" para el cinéfilo soviético.

En estos cambios, un gran papel lo desempeñó el secretario del Comité Central, Alexandr Yakovlev, a quien Brezhnev había designado para que se encargara de la cultura y propaganda. Posteriormente, Yakovlev había caído en desgracia como consecuencia de haber criticado el nacionalismo ruso y defendido las tradiciones del periodo jruschoviano, lo que dio como resultado su exclusión del aparato del Comité Central y su envío como embajador al Canadá. Sin embargo, Yakovlev regresó a Moscú bajo Andrópov y destacó como uno de los líderes más enérgicos y consistentes del movimiento reformista. Los éxitos logrados por los grupos progresistas de la inteligentsia se deben en no poca medida al hecho de que Yakovlev prestó el más resuelto apoyo a sus demandas.

En febrero de 1987 el Comité Central del PCUS y el Consejo de Ministros de la URSS adoptaron una resolución conjunta que amplía los derechos de las uniones culturales. El documento fue redactado por los aparatos del Partido y del gobierno en colaboración con los dirigentes de las uniones pertinentes y sobre la base de sus propios deseos expresados. Sin embargo, algunas cuestiones no fueron tocadas, como la organización de una editorial

propia de la unión de cineastas. También fue lamentable que se pidiera la intervención de una autoridad superior a fin de conseguir un incremento del número de páginas de *Sovetskaya Kultura*. Tales cuestiones puede y debe decidir las el consejo editorial de la revista misma. Si la reforma estructural de las organizaciones culturales no se obtuvo, fue porque sus líderes, a excepción de Klimov, no tenían un programa claro de cambio. La mayoría de los miembros del cuerpo dirigente de la unión de escritores tan sólo temían al cambio, mientras que los activistas de la unión teatral concentraron la mayor parte de sus esfuerzos en conseguirse trabajos en el Ministerio de Cultura. Así pues, pese a las circunstancias excepcionalmente favorables, los partidarios de las tendencias liberales en el seno de la intelligentsia consiguieron relativamente poco.

En el inter, los "nuevos disidentes" no estaban perdiendo el tiempo. Ya en el otoño de 1986 algunos activistas conservadores comenzaron a criticar abiertamente los cambios efectuados. Chakovski, editor en jefe de *Literaturnaya Gazeta* durante una sesión del secretariado de la Unión de Escritores, acusó a los partidarios del cambio de "abandono de posiciones ideológicas". Antes de que se exhibiera *Arrepentimiento*, el film de Abuladze, hubo varios intentos por prohibirlo o cortarlo. *Los hijos del Arbot*, la novela de Rybakov, fue objeto de un agudo conflicto político que abarcó un largo periodo. Ora decidían publicarla, ora exigían que el autor la reescribiera. "¿Cómo van las cosas con la novela de Rybakov?" se convirtió en la pregunta ritual en los círculos intelectuales; era el barómetro del clima político.

El proceso de renovación cultural demostró ser mucho más complejo y contradictorio de lo que podía haber parecido a primera vista. El problema principal, sin embargo, no residió en la resistencia pertinaz de las fuerzas conservadoras (no se esperaba otra cosa) sino en la debilidad del programa positivo propuesto por los liberales.

LA CRÍTICA A STALIN

La bandera principal de los "hijos del XX Congreso" de Partido sigue siendo la crítica a Stalin. *Arrepentimiento* de Abuladze, exhibida en todos los cines principales de la capital, hubiera debido, por así decir, dar la señal para una nueva ola de publicaciones anti-Stalin en la prensa, misma que debía forzar a la gente a enfrentar los problemas que preocupaban a la generación de los años sesenta. Desgraciadamente la película de Abuladze, pese a sus aciertos, no podía cumplir con este papel. El director no había creado ni un panfleto de denuncia ni una narración realista del terror, sino una parábola cinematográfica sobre los herederos de los asesinos. El tema principal no es la historia de Varlam (un doble de Beria), sino el destino de aquellos cuya prosperidad se basó en los resultados del terror. Varlam y su círculo son asesinos y verdugos. Su hijo y los hijos de sus sicarios se transforman en burgueses complacientes y casi respetables. Su nieto se rebela no tanto contra las maldades de Varlam como contra la hipocresía y el disimulo de su padre, el cual ha erigido su prosperidad burguesa sobre el desprecio por las víctimas del terror y la defensa de las

prácticas establecidas por Varlam. En suma, lo que presenciamos es la revuelta de la joven generación, dirigida más contra el presente que contra el pasado.

La mayoría de los críticos se concentraron tan sólo en la figura de Varlam; no vieron en la película más que un relato alegórico del terror en Georgia en los años treinta. Se volvió casi imposible criticar esta obra de Abuladze, que por lo demás se halla lejos de ser irreprochable en todos sus aspectos. Dado que cualquier alusión a las partes más endeble del film se interpretó en los círculos liberales moscovitas como un intento por rehabilitar a Stalin, no se podía efectuar una discusión de la película desde los puntos de vista creativo o político. Abuladze tenía todo derecho a ufanarse de su éxito, pero muchos liberales abrigaron esperanzas mayores de impacto cuando se esforzaron por que *Arrepentimiento* fuera visto por el mayor número posible de gente. La revolución de la conciencia pública no tuvo lugar; y no podría haber tenido lugar.

Cuando la liberalización de la cultura es más eficaz es cuando al público se le presentan obras que versan sobre temas que, hablando en términos generales, no se han discutido abiertamente con anterioridad. Tales obras invariablemente suscitan gran interés, sea cual sea su mérito. En la sociedad, todo es cada vez menos y menos objeto de tabú. Anteriormente, por ejemplo, era impensable escribir una obra satírica sobre la moral de la capa dirigente superior. A fines de los años setenta, cuando Rozov intentó hacer algo de este tipo, en *Un nido de becados*, el resultado de la censura y la autocensura combinadas fue un fracaso al que el público no se acercó. Sin embargo, en la temporada 1986-87 dos obras sobre este tema se escenificaron al mismo tiempo en Moscú. *La cita*, de Zorin, era una franca imitación de la comedia de Griboedov *Calamidades del ingenio*, que todos nos aprendimos de memoria en los años escolares. En esta obra los sitios de los terratenientes propietarios de siervos los ocupan funcionarios de alto rango. Todos los personajes hablan en verso, y combinan el tradicional estilo declamatorio con la jerga burocrática. Al final aparecen súbitamente algunas imágenes de la Biblia. El alto funcionario Baltazarov es totalmente incapaz de entender el significado de la cita que él mismo ha colgado de la pared de su oficina, y menos aún es capaz de descubrir quién es su autor. Por fin se hace la luz: sin quererlo ha colgado un texto de la Biblia distorsionado por la jerga burocrática: "Los muertos se apoderan de los vivos". Resulta que la antigua sentencia viene a ser absolutamente pertinente. Toda la historia de la búsqueda del autor de la cita cobra nuevo sentido. La incomprensible consigna en la pared es un recordatorio de las letras que se le aparecieron al Rey Belshazzar, como presagio de su perdición.

Otra obra sobre la moralidad burocrática fue *Escenas deportivas de 1987*, de Radzinski, donde se muestran la corrupción, enajenación y falta de espiritualidad que prevalecen "entre la élite": la degeneración de los nietos de dirigentes poderosos de los tiempos de Stalin. Por su forma, *Escenas deportivas* francamente recuerda las obras de Edward Albee. Radzinski no oculta esto. Todo lo que sucede en la obra es de lo más absurdo. Desgraciadamente, sin embargo, todas las situaciones absurdas están tomadas de la vida, y

los espectadores las reconocen. A mucha gente le escandalizan las conversaciones cínicas sobre sexo, la compra de artículos en las tiendas para extranjeros y las intrigas de toda laya. Por primera vez, los aspectos sin atractivo de la vida de las capas superiores se han mostrado en escena, y en detalle incluso desagradable.

Ambas obras, *La cita* y *Escenas deportivas*, están brillantemente escritas, pero ninguna abre nuevas perspectivas. Más bien comprendían las lecciones del pasado, puesto que hablan de las cosas que uno hubiera querido discutir hace muchos años, sin nunca obtener permiso. Puede ser que la aparición de varias obras más sobre el mismo tema haya menguado el interés del público por el mismo. Lo que es de mucha mayor importancia para la gente hoy es cómo se desarrollan las relaciones entre las fuerzas sociales opuestas en el proceso de cambio: la anatomía de los nuevos conflictos políticos, tan extraños luego de dieciocho años de estabilidad brezhnevita. El politólogo Burlatski ha hecho un intento por responder a estas cuestiones, y ha escogido, en aras de la claridad, la forma inesperada del diálogo dramático. Su *Dos vistas desde una oficina* se publicó por primera vez en la *Literaturnaya Gazeta* y después se mostró por televisión, con los excelentes actores Boltnev y Vel'yaminov en los papeles de los dialogantes. Si hemos de juzgar el éxito de Burlatski por el número de gente que vio su obra, su triunfo es indudable. La producción despertó un enorme interés. Pero ¿respondió el autor a las preguntas que planteó?

Al recurrir a la forma del diálogo, Burlatski permaneció, fiel a sí mismo. Anteriormente había escrito un libro sobre Maquiavelo en el que un lector atento podía fácilmente notar la semejanza entre el héroe y el autor. Ahora, imitando a su héroe, Burlatski escogió una forma típicamente renacentista para exponer sus puntos de vista. El problema es que con ello meramente demostró lo inconveniente que es la tradición del XVI del "tratado en forma de diálogo" para exponer los problemas de nuestro tiempo. En el libro de Burlatski la Florencia de Maquiavelo tiene un sospechoso parecido con Moscú a principios de los años setenta, pero es obvio que uno necesita conversar con el lector soviético actual de otra manera que como Maquiavelo, Bruno y Campanella conversaban con sus lectores.

Los participantes en el diálogo de Burlatski son el Primer Secretario progresista de un comité regional del Partido y su Segundo Secretario, un conservador. El autor, obviamente, se propuso refutar los argumentos que esgrimen los enemigos del cambio en el debate que tiene lugar tras bambalinas. A fin de cuentas, empero, es el héroe positivo de Burlatski el que resulta claramente derrotado en la lid. El conservador habla francamente sobre los peligros que para el sistema suponen los cambios, sobre la destrucción de vínculos y nexos establecidos y más o menos viables, de los que mucho depende, y sobre la contradicción entre las nuevas consignas y los viejos dogmas ideológicos de que las mentes de las gentes están atiborradas desde hace décadas. En su respuesta todo lo que el progresista puede hacer es repetir declaraciones generales acerca de un futuro espléndido, la necesidad del progreso y la necesidad de cambios. Durante muchos años, la mayoría de nuestra gente ha hecho una costumbre de desconfiar de toda prédica y toda promesa general sobre el futuro.

UNA INTELIGUENTSIA EN CRISIS

La crisis de los conceptos tradicionales y de la cultura de la vieja intelligentsia liberal se ha expresado en la literatura en prosa en grado no menor que en el teatro. Los libros de moda publicados en 1986 (*Fuego* de Rasputin, *El detective lúgubre* de Astaf'ev, *El cepo del verdugo* de Aitmatov) son testimonio no sólo de la desaparición de muchas restricciones de la censura, sino también de la decadencia del pensamiento analítico. Ninguno de estos autores nos ahorra colores oscuros en su descripción de numerosos ultrajes e injusticias, actos de crueldad y defectos sociales de toda índole. Pero, cuando llegamos al asunto de quién es culpable, las respuestas son de lo más inesperadas. Rasputin culpa de todo a la civilización y urbanización occidental; Astaf'ev ve la raíz del mal en los judíos; y Aitmatov intenta mostrar la mano del maligno detrás de todo. Estos tres escritores están convencidos de que los hombres son malos porque han perdido a Dios. ¿Y dónde, pues, hemos de encontrarlo?

Era previsible que las declaraciones antisemitas de Astaf'ev en *El detective lúgubre* provocaran protestas por parte de muchas figuras culturales. Eidelman, un historiador en boga entre la intelligentsia moscovita, envió una carta a Astaf'ev en que lo exhortaba a renunciar a sus opiniones. Sin embargo, el autor de *El detective lúgubre* le respondió que debemos poner fin a la actividad de los judíos en la cultura rusa, "al bullente pus de la arrogancia súper-intelectual judía", etcétera. Los judíos deben pagar por haber matado a "nuestro último zar". Con ello, la posición apenas esbozada en *El detective lúgubre* alcanzó su desarrollo pleno. Los lamentos sobre las desdichas del pueblo ruso acaban en un llamado a los pogroms. Eidelman empezó a justificarse: no fue él quien mató al zar, "la mayoría de quienes lo mataron eran obreros de Ekaterimburg". La carta de Astaf'ev, enviada como comunicación privada y sin propósito de publicación, comenzó a circular de mano en mano, pues el historiador la duplicó. Aunque por supuesto no se puede colocar a los dos participantes en el mismo nivel, está claro que Eidelman no fue mejor que su corresponsal. Una crítica que repitiera ideas generales en el sentido de que es malo ser racista y antisemita difícilmente podía cambiar la posición de Astaf'ev, mientras que un lector desprejuiciado simple y sencillamente no hallaría nada nuevo en tal posición. La desgracia de la intelligentsia liberal de los años ochenta radica en su carencia de ideas novedosas y originales y en su repugnancia a pasar de las meras declaraciones a un análisis más profundo de situación histórica a que se ha llegado. Aquellas personas que profesan ser líderes espirituales de la renovación —Aitmatov, Eidelman, Shatrov— ofrecen cada una su propia receta, pero sus ideas son semejantes en la medida en que se dirigen hacia el pasado. Algunos hablan del regreso a los valores cristianos (Aitmatov), otros de las tradiciones del liberalismo decimonónico (Eidelman) y otros del renacimiento del verdadero leninismo y del legado del XX Congreso (Shatrov y el grupo en torno al diario *Moskovskie Novosti*); y en ocasiones estas ideas se entretejen extravagantemente. Resulta, pues, que el futuro es un rehén del pasado.

Con todo, el talante de la joven generación es, por lo general, mucho más radical. En los últimos días de 1986 la televisión mostró un encuentro entre jóvenes de Leningrado y unos cantantes conocidos como "los bardos". En los años sesenta el "bardo", el hombre con la guitarra, era el símbolo de la independencia espiritual, de la oposición librepensadora al Establiment. El líder del movimiento "bardo", Vladímir Vysotski, se convirtió en un héroe nacional. Vysotsky murió, sin embargo, y el movimiento evidentemente ha perdido su radicalismo original. Quienes estaban presentes en el encuentro reprocharon a los "bardos" el haber dejado de cantar sobre los problemas sociales, sobre la libertad, sobre cómo viven las masas hoy en día. Lo que necesitamos ahora, argüían, son "canciones de protesta", "canciones que exalten a la gente". La popularidad de algunos grupos de rock estriba precisamente en el hecho de que, de una u otra manera, han logrado dar con la nota que expresa este talante.

El grupo "Acuario", dirigido por B. Grebenshchikov, ha tenido un enorme éxito en la busca de la afirmación de nuevos valores positivos. Hacia fines de la era Brezhnev, Grebenshchikov fue expulsado del Komsomol y echado de su trabajo a causa de sus canciones. No fue hasta 1986 que "Acuario" pudo aparecer en televisión; su primer disco salió a la venta todavía más tarde. No obstante, Grebenshchikov conquistó a su público: la gente se aprendía de memoria sus canciones y las grababa en caset. Para sorpresa, quizá, de sus enemigos y del propio Grebenshchikov, éste se convirtió en uno de los líderes de la nueva cultura juvenil que lentamente cobró forma a fines de los años setenta y principios de los ochenta, y que luego irrumpió vigorosamente en la superficie de la vida social.

IMÁGENES DE LA JUVENTUD SOVIÉTICA

Había colas para comprar boletos para la película latvia *¿Es fácil ser joven?* Es muy extraño que un documento disfrute de un éxito tan sensacional en nuestro país. La explicación, en este caso, reside sobre todo en el tema de la película: gente joven que habla abiertamente de sus problemas, que admite que necesitan mucho dinero, que cuestionan los valores de la sociedad, que protesta contra los requisitos oficiales, o que simplemente afirma su derecho a ser distinta de los demás. Entre los que aparecían en la pantalla había punks y miembros de la secta Hare Krishna, así como excombatientes en Afganistán. El film está hecho muy bellamente, e incluso la escena en que el practicante de la morgue corta cadáveres se muestra de manera sumamente refinada: el camarógrafo obviamente invirtió mucho tiempo en seleccionar los mejores ángulos y composiciones. Es difícil no pensar que quienes hicieron esta película de moda hubieran fotografiado un asesinato con el mismo profesionalismo.

En sí mismas, las entrevistas con gente joven son más bien monótonas, y no hay ningún intento de análisis. *El piso doce* ofrece una presentación mucho más completa de los puntos de vista de la nueva generación. Sin embargo, las imágenes bellas y profesionales de la película latvia permanecen en la memoria, aun cuando su retrato de la cultura juvenil es

indistinta y no consigue excitar al espectador. La entrevista con los veteranos de Afganistán se usa para mostrar que la guerra en general, sea cual sea su propósito, es un asunto sucio; pero del cual de todos modos alguien tiene que ocuparse. Alguien tiene que hacer el "trabajo sucio": cortar cadáveres, matar rebeldes afganos. (Es interesante que la gente que peleó con los alemanes por la liberación de nuestro país durante la segunda guerra mundial razona de manera muy distinta.) La objetividad de este documental se basa en su indiferencia cínica. Con un enfoque así, invariablemente se acaba poniendo en el mismo nivel las verdades y las mentiras, a los criminales y a sus víctimas. Y sin embargo, la cultura del radicalismo juvenil es una protesta precisamente contra ese punto de vista a propósito del mundo. Desde luego, hay gente cínica e indiferente en cada generación, pero no son ellos los que crean culturas.

En opinión de los activistas del movimiento juvenil, se persigue a los grupos de rock en primerísima instancia no por su música sino porque "se empeñan por apartarse de las formas ordinarias de vida, porque temen hundirse en el fariseísmo", y por su "tendencia rebelde", su protesta contra la injusticia social.⁴ Se ha formado un movimiento de "metalistas" en torno a los grupos heavy metal: tiene sus propios símbolos, estructura y líderes. En un principio las organizaciones oficiales reaccionaron con prohibiciones, y se compiló una lista de 73 grupos occidentales y 37 soviéticos cuyos discos no debían tocarse en las discotecas o cualquiera otra institución para jóvenes bajo control del Komsomol. Cuando Gorbáchov llegó al poder, esta lista, aunque no fue cancelada, simplemente dejó de estar vigente. Se le ignoró. Grupos prohibidos Como "Acuario" y "Mosaico" pudieron aparecer en la televisión, y las canciones del grupo "Kino" empezaron a ser citadas en los periódicos. Algunos personajes oficiales han admitido que el movimiento de los "metalistas" y otros grupos juveniles informales representa "un desafío al Komsomol".⁵ Suprimirlos o forzarlos a la clandestinidad es algo que sencillamente no se considera posible en las nuevas condiciones, aun cuando muchos funcionarios del Komsomol preferirían precisamente que se tomaran tales pasos. La cambiada relación de poder en la cúspide y la nueva situación social han forzado la legalización de grupos juveniles informales. En 1987, en el distrito Sevastopol de Moscú, por primera vez se registró un club de "metalistas". Los rebeldes pudieron hablar abiertamente sobre sus sentimientos y sus puntos de vista.

LOS NUEVOS RADICALES

¿Qué es lo que quieren los nuevos radicales? Hasta ahora no han formulado sus ideas muy claramente. Lo que predominan son estados de ánimo, y obviamente carecen de una plataforma definida. Sin embargo, sus estados de ánimo son por sí mismos muy elocuentes. Por ejemplo, mucha gente critica a Grebenshchikov porque sus letras son muy abstractas y

4 Knizbonoe Obozrenie, n. 7, 1987; Yunost', n. 2, 1987.

5 Knisbonoe Obozrenie, n. 9, 1987.

su obra está atiborrada de imágenes mitológicas y hasta heráldicas. Aun así, la idea principal del cantante le llega muy bien a su público: es un llamado a emancipar los sentimientos humanos, a unirse con la naturaleza, a protestar contra la enajenación y el cinismo. El nombre del grupo "Acuario" se remonta a la famosa canción de los Beatles sobre la gente que mira al exterior desde el interior de una cebolla de vidrio, y Grebenshchikov constantemente hace hincapié en el vínculo entre su grupo y las tradiciones del cuarteto de Liverpool.⁶ Las letras, la música y el performance a muchos les recuerdan las canciones latinoamericanas, y aún más los mejores ejemplos de la contracultura juvenil occidental de los sesentas y sus vínculos cercanos con la Nueva Izquierda. Paradójicamente, pese a las semejanzas de moda y su interés en la música estadounidense y en las últimas películas occidentales, los jóvenes soviéticos de hoy recuerdan más a la generación occidental de los años sesenta que a sus contemporáneos en Italia o los Estados Unidos.

Esto es natural. Dos conocidos sociólogos, Nazimova y Gordon, han señalado la similitud estructural, en cuanto a ciertos parámetros, entre el desarrollo de Occidente en los años sesenta y la URSS en los ochenta. Una coincidencia tal explica muchas cosas y da cierto pie al optimismo. El país que Gorbáchov heredó no es el mismo que le fue legado a Jruschov. Es una sociedad urbanizada con un gran número de residentes hereditarios de ciudades y de obreros calificados. Muchos procesos "intelectuales" han adquirido un carácter de masa y por lo mismo se han devaluado. Los jóvenes no tienen recuerdos de la pobreza de los años cuarenta, pero reaccionan agudamente ante cualquier amenaza de descenso de su presente nivel de vida. Los problemas de la libertad y responsabilidad personal han tomado la palestra. La gente está cansada de la "estabilidad" brezhnievita. La protesta contra la corrupción y la enajenación de la personalidad suscita una incisiva demanda de nuevas y democráticas formas de colectivismo.

"¡Cambio!", exigen nuestros corazones.

"¡Cambio!", exigen nuestros ojos.

"¡Cambio!" Queremos cambio.

Estas son letras que canta el grupo "Kino", y canciones así son alentadas bajo las condiciones de la *perestroika* de Gorbáchov. El meollo del asunto, sin embargo, es que muchos grupos jóvenes de rock, incluidos algunos de las provincias, habían empezado a cantar sobre la necesidad de libertad y renovación antes incluso de que Gorbáchov llegara al poder. Su iniciativa no fue en respuesta a un llamado de arriba. Independientemente de la voluntad de la dirigencia, se empezó a formar un nuevo ambiente cultural ya desde la primera mitad de los años ochenta. Un grupo de jóvenes admiradores de Marx reunidos en

6 Una declaración típica: es necesario "crear algo así, pero nuestro, ruso". [Grebenshchikov o Kagarlitsky se equivocan: en la canción "Glass Onion" no hay referencia alguna a Acuario. Sin embargo, la producción comercial *Hair* sí hablaba de una "nueva era", la Era de Acuario. E.]

torno a un combo rockero... Hubiera sido difícil imaginarlo hace diez años. Este caso en particular ilustra muy bien los procesos que han tenido lugar. Tal como en Occidente en los años sesenta, ha crecido agudamente el interés tanto por el marxismo como por el socialismo utópico. Algunos se interesan por Kropotkin, otros en las ideas narodnik sobre la comuna libre, otros en la teoría de la enajenación.

DE JRUSCHOV A GORBÁCHOV

El mosaico cultural de la "nueva protesta" es mucho más rico que nada de lo que puedan ofrecer los senescentes "hijos del XX Congreso". Es un hecho que sin un Jruschov no hubiera habido un Gorbáchov, y que sin el movimiento intelectual de los años sesenta los cambios actuales no hubieran sido posibles. Pero cada época debe encontrar sus propios medios de expresión. La renovación de la "alta cultura" de la intelligentsia profesional dependerá de su habilidad para comprender los impulsos que provienen de la contracultura espontáneamente formada de los de abajo. La continuidad histórica es inconcebible sin la reinterpretación de la experiencia acumulada.

El interés por el pasado es una característica de la generación de los años ochenta en igual grado que lo fue de aquellos que participaron en el deshielo de Jruschov. "Para estar en pie tengo que apegarme a mis raíces", canta Grebenshchikov. Lo que importa, empero, es que la nueva conciencia histórica que se ha difundido tan rápidamente entre nuestros jóvenes tiene poco en común con las ideas ordinarias del liberalismo cultural. El editor en jefe de *Moskovskie Novosti*, Yegor Yakovlev, considera que la tarea más importante del momento es la crítica al stalinismo y, posiblemente, la rehabilitación de Bujarin. Sin embargo, un número cada vez mayor de gente se inclina a pensar que, en vez de desenmascaramientos y rehabilitaciones, lo que necesitamos es una interpretación completa, objetiva y multifacética de nuestro pasado histórico en todo su carácter contradictorio. La sociedad debe hallar de nuevo su memoria: una memoria completa y no selectiva.

En un artículo programático titulado "Libertad para recordar", el periodista de izquierda Gleb Pavlovski criticaba acerbamente la idea liberal de la rehabilitación selectiva:

Hoy día la gente habla tanto de la verdad. Pero, por extraño que parezca, al mismo tiempo hay mayor selectividad. Como conejos de sombreros aparecen viejos nombres. Yo sospecho que bajo el estandarte de "la restauración de la verdad" hay publicistas que se preparan para una exhumación en masa, pero que será selectiva, como sus propios recuerdos. En esta gigantesca morgue literaria los restos se colocarán en filas, y los publicistas-generales, órdenes en mano, procederán a marchar entre ellos. Sí, es el momento de estar preparados, de manera de no perder la oportunidad de involucrarse en ese "negocio" ruso tradicional: convertir el arrepentimiento en ganancia. [...] Y cuando la verdad se convierte en una forma de carrera, entonces, como lo predijera un escritor

clásico, "la bota caerá sobre la cara de la humanidad".⁷

Según Pavlovski, es impermissible toda selectividad con los hechos históricos. Al eliminar las referencias a Stalin de las publicaciones históricas, Jruschov estaba cavando su propia tumba. A él mismo se le olvidó "bajo órdenes", de exactamente la misma manera como a Stalin se le olvidó bajo órdenes de Jruschov. Y hoy surge la pregunta: ¿es la rehabilitación parcial de Bujarin suficiente para entender las raíces más profundas del stalinismo? La verdad es que convertir a "renegados malvados" en "verdaderos leninistas" de un plumazo difícilmente nos permitirá entender la verdadera tragedia de esa gente, sus servicios y su responsabilidad ante la nación, así como el vínculo entre ambos. Ha aparecido *Los hijos del Arbat* de Rybakov. A Gumilev se le publica en *Ogonek*, revista de circulación masiva. Es inminente la aparición de *El doctor Zhivago*, de Pasternak. Pero ni una palabra se ha dicho de *Vida y destino*, la gran novela de Vasili Grossman que apareció en Occidente luego de la muerte del autor y que hasta la fecha desconoce el público soviético.⁸

Hay un nexo estrecho entre la libertad y la memoria que los representantes del movimiento juvenil entienden bien. En 1986, cuando en Moscú se decidió demoler los Palacios Shcherbakov, del siglo XVII, un grupo de estudiantes y niños de escuela, encabezados por Kiril Parfenov, ocuparon el edificio durante dos meses. A resultas de ello no sólo se salvaron los Palacios Shcherbakov, sino que quedaron en manos de los "invasores". El propio Parfenov apareció en el programa *El piso doce* y se refirió a la necesidad de seguir con la lucha para preservar el aspecto histórico de la capital. La sociedad oficial para la protección de monumentos históricos y culturales (VOOPIK) fue objeto de fuertes críticas. El hecho es que, hacia fines de la era de Brezhnev, nacionalistas rusos de derecha y antisemitas habían obtenido un control completo de esta sociedad: los defensores de los monumentos demostraron que los dirigentes de VOOPIK estaban más interesados en combatir a los judíos y masones que en preservar y restaurar el legado arquitectónico. El movimiento espontáneo pro defensa de monumentos que surgió en los años ochenta se topó con que tenía que confrontar no sólo a los grupos burocráticos y tecnocráticos responsables de la destrucción del ambiente ciudadano, sino también, en grado considerable, a la propio VOOPIK. A pesar de las dificultades (tal vez a causa de ellas), los activistas del movimiento espontáneo consiguieron algunos éxitos reales, por lo menos en Moscú, y se han convertido en una alternativa real al organismo oficial.

La lucha para preservar el aspecto histórico de nuestras ciudades se asocia cercanamente con el movimiento para defender el ambiente en general. En 1986 el grupo de cabildeo ecológico, que incluye al crítico literario y académico Likjachev y a los prominentes

⁷ *Twentieth Century and Peace*, revista en inglés, n. 4 Moscú 1987, p. 46.

⁸ Véase "Guerra y paz en la Rusia de Stalin", reseña de Tamara Deutscher a *Vida y destino*, *New Left Review*, n. 163, mayo-junio de 1987. [E.]

escritores Zalyguin y Rasputin, logró la cancelación del proyecto para desviar al sur a nuestros ríos del norte. Esto constituyó un acontecimiento de primer rango en la vida social, prueba del poder del movimiento ecológico. Sin embargo, la situación ha sido mucho peor en lo que atañe a ideas positivas y propuestas constructivas. Los grupos juveniles, a diferencia de los cabilderos ecológicos de la vieja generación, se orientaban hacia una nueva concepción del desarrollo social. Unos arquitectos jóvenes fundaron un laboratorio público, "La Ciudad del Futuro", donde trataban de combinar el ecologismo con una nueva conciencia histórica de su trabajo práctico. Cuando, en 1987, se habló de que el gobierno permitiría el establecimiento de cooperativas libres, se suscitó la cuestión de lograr maneras alternativas de organizar la producción, con tecnología "limpia". El Club Moscú y el Club para Iniciativas Sociales (KSI), al igual que otros clubes, los cuales incrementaron sus actividades luego de que Gorbáchov llegó al poder, establecieron nexos cercanos con los nuevos movimientos sociales y los grupos juveniles informales, ayudándoles así a pasar de la protesta a la elaboración de su propio plan para la sociedad.

RENOVACIÓN Y SOCIALISMO

Los cambios dejan gradualmente de ser asunto tan sólo de las figuras dirigentes y de los veteranos del periodo de Jruschov. Gracias al *Piso doce*, Parfenov se ha dado a conocer en todo el país. El talentoso publicista G. Pavlovski ha obtenido por fin acceso a un amplio círculo de lectores. Fue él quien, al final del periodo de Brezhnev, editó la revista samizdat *Poiski* (*Pesquisas*). En aquellos días la aparición de *Poiski* constituía un acontecimiento importante en la vida de la oposición, pues sus páginas contenían no sólo una crítica de la práctica oficial sino ponderadas consideraciones sobre los defectos y las debilidades del movimiento disidente. *Poiski* mostró cómo las tendencias de izquierda se habían fortalecido en las filas de la oposición. Uno de los portavoces más decididos de los nuevos estados de ánimo fue el propio Pavlovski. En 1982 se le arrestó y sentenció por "calumniar al poder soviético". De regreso de prisión, tras la llegada de Gorbáchov al poder, se le dio permiso para residir en la capital, y luego para emplearse como periodista... esta vez en la publicación oficial *Vek XX i Mir*.

Según Pavlovski, el movimiento por el cambio sufre una aguda necesidad de una estrategia socialista renovada; no una que construyan artificialmente los teóricos, sino una que haya crecido de nuestra historia, de la experiencia cotidiana de las masas (tal como en la primera Revolución Rusa). El socialismo, ha escrito Pavlovski,

es una palabra simple, industriosa, cuya definición suscita pasiones hoy. Los obreros vestidos de overol y los artistas de los años veinte, como mi abuelo, sabían lo que significaba: luego de limpiar sus máquinas se limpiaban las manos con un paño grasoso y se iban a casa, y en camino se detenían a comprar pan y kerosén. Y sin embargo casi ninguno de ellos hubiera aprobado un examen de socialismo científico. ¿Acaso eran socialistas, entonces? [...] Simplemente eran el pueblo ruso. Y de ello surgió su

necesidad del socialismo. ¿De qué tipo? Hoy apenas podemos adivinar. En esa época surgió una definición obrera del socialismo, cuyos rasgos principales se mezclaban y fundían con el habla popular y con la Revolución. Recordamos cómo ha sido distorsionada y perdida, y queremos creer que es ella la que asoma a nuestra memoria, regresa al pasado, con una libertad peculiar, con un amor peculiar, con una peculiar indisposición a condenar.⁹

No hay que suponer, por supuesto, que solamente las fuerzas progresistas están activándose. La liberalización creó nuevas oportunidades legales no sólo para los izquierdistas sino también para la extrema derecha. Para ésta, el cetro de atracción fueron los clubes *Pamyat'* (*Memoria*) y *Ródina* (*Patria*), los cuales establecieron sucursales en Moscú y Leningrado, así como la ya mencionada VOOPK. Sus dirigentes no ocultan sus puntos de vista antisemitas y antidemocráticos: sueñan con un Estado fuerte y con el renacimiento del verdadero espíritu del viejo Imperio. Se han arraigado en cierto número de clubes de temperancia formados a resultas de la campaña contra la ebriedad que las autoridades lanzaron en 1985-86. En el área alrededor de Moscú ha surgido un movimiento semiespontáneo, los "Lyubers" (del suburbio Lyubertsy). Su programa es de lo más simple: apalea a los moscovitas y a todo el que use ropa extranjera, expulsar a los "metalistas" y cortar el pelo a los jipis. Los Lyubers pertenecen al mismo estrato de edad que los admiradores del heavy metal, pero representan, por así decirlo, dos épocas diferentes. La base psicológica de la actividad de los Lyubers es la nostalgia por el stalinismo. Como lo ha dicho el editor en jefe de *Smena*, una revista juvenil, "quieren modelar su 'comportamiento' sobre el más penoso periodo de nuestra historia".¹⁰

A fines de 1986 el Procurador de Justicia comenzó a investigar las actividades de los Lyubers, dado que representaban una violación sistemática y malévola del orden público. Pero la investigación no llegó a su fin. Luego de una manifestación en Moscú de dos mil miembros del movimiento juvenil, el 22 de febrero de 1987, algunos periódicos repentinamente declararon que los Lyubers, como el Abominable Hombre de las Nieves, no existen. *Literaturnaya Gazeta* informó a sus lectores de la manifestación, haciendo hincapié al mismo tiempo en que no había lugar a ella puesto que los rumores sobre los Lyubers habían sido exagerados por periodistas irresponsables. Lo paradójico de esto es que el artículo lo firma el conocido reportero Shchekochihin, precisamente había sido el primero en escribir sobre los Lyubers. Era obvio que ciertas fuerzas no estaban nada interesadas en movilizar a la opinión pública contra esta amenaza. Algo más era obvio: que los anónimos e influyentes protectores de los Lyubers eran exactamente los mismos que los opositores a la liberalización de Gorbáchev que por el momento guardaban silencio.

La estrategia de la nueva derecha consiste en utilizar las oportunidades legales

9 *Twentieth Century and Peace*, n. 4, 1987, p. 48.

10 *Knizbnoe Obozrenie*, n. 9, 1987.

ampliadas para combatir la liberalización misma (tal como las Centurias Negras en el periodo de la Revolución de 1905). Las dificultades y contradicciones inevitables del proceso de cambio, los experimentos económicos fallidos, los costos de la reforma: todo pueden explotarlo los grupos reaccionarios con la esperanza de que el curso de los acontecimientos lleve inexorablemente al país al "punto crítico" en que las consignas del día sean "el restablecimiento del orden" y la "normalización". La estrategia económica de los reaccionarios presupone una aguda reducción de la demanda, de modo de conseguir los fondos para renovar el equipo productivo, introducir nueva tecnología, etcétera. Selyunin y Janin, conocidos economistas, describen correctamente este plan como una "segunda edición" de la industrialización realizada por Stalin en los años treinta.¹¹

Su problema es hallar una justificación ideológica y culturo-psicológica para una política así en las condiciones presentes. La sociedad soviética en las postrimerías del siglo xx es diferente de la que era en los años treinta, cuando Stalin llevó a cabo su "revolución desde arriba". La forma de vivir ha cambiado, como también las estructuras sociales. Aun así, ciertamente existe una nostalgia por el pasado, por el orden "totalitario", y no sólo entre gente de la vieja generación. Erich Fromm alguna vez escribió sobre el "miedo a la libertad": algunos grupos sociales en la sociedad occidental vieron en el desarrollo de la democracia una amenaza a sus firmes tradiciones, a su modo de vida y su seguridad, y no se trataba tan sólo de los estratos privilegiados sino también de una sección de las clases bajas. Después del Pleno del Comité Central del PCUS de enero de 1987, el cual proclamó la necesidad de una liberalización más a fondo, los directores de los periódicos soviéticos comenzaron a recibir cartas de lectores que dudaban de la necesidad de cambios. Algunas veces esas cartas contenían amenazas abiertas a los periodistas.¹² Esta disposición al miedo a la libertad es evidentemente característica de un cierto segmento de la población. Debemos suponer, sin embargo, que la intensidad de esos sentimientos no es tanta como se la imaginan los reaccionarios. En todo caso, las actividades de los Lyubers no son mero hooliganismo, sino que constituyen un alarmante síntoma culturo-psicológico.

ALTERNATIVAS AL NACIONALISMO RUSO

No hay que creer que la nueva derecha se compone de gente como los admiradores ortodoxos, burocráticos y conservadores de Brezhnev. Su ideal es un amo fuerte, cosa que Brezhnev nunca fue, y su ideología viene a ser una síntesis del nacionalismo patriarcal y las tradiciones del totalitarismo. Una síntesis tal es muy posible, dado que Stalin, en los últimos años de su vida, gravitaba claramente hacia el nacionalismo ruso. En el contexto actual las ideas de Astaf'ev asumen un significado más bien obvio. Lo que une a este escritor con las pandillas Lyubers es el odio a los judíos y moscovitas, a la influencia occidental, a la libertad espiritual, a la intelligentsia y a la izquierda. Astaf'ev rápidamente

11 Véase *Novy Mir*, n. 2, 1987, pp. 196-97

12 *Moskovskie Novosti* publicó una misiva de este tipo, con un comentario de Yegor Yakovlev.

se convirtió en un héroe ideal para los que están con la reacción. Lo haya querido Eidelman o no, su correspondencia con Astaf'ev ayudó a la nueva derecha a consolidarse, que el liberalismo tradicional ha perdido más y más influencia.

Una alternativa eficaz al nacionalismo ruso (y al nacionalismo antirruso de las minorías, que ha crecido paralelamente a él y como réplica) nos la ofrece no el legado de los años sesenta sino la nueva cultura que ha brotado o emergido de la clandestinidad. En última instancia, la actividad de los jóvenes grupos de rock, o las discusiones organizadas por arquitectos rebeldes que protestan por la destrucción de nuestras antiguas ciudades, pueden bien resultar ser acontecimientos culturales más importantes que la publicación de *El cepo del verdugo* y *El detective lúgubre*.

La nueva izquierda ve el liberalismo de los años sesenta como un legado del pasado. En su opinión, muchos "hijos del XX Congreso", que han alcanzado ya una edad respetable, no han sabido sacar las lecciones de sus errores. El liberalismo de los años sesenta era indiferente a los problemas sociales y, por regla general, no sentía ningún interés particular por las masas. Hubo, desde luego, excepciones a la regla (por ejemplo, los apuntes de Ovechkin, publicados en tiempos de Jruschov, suministraron material para la obra de Burayski). En última instancia, sin embargo, a las masas no les afectaron mucho las ideas del XX Congreso, y por su parte la intelligentsia no se molestó mucho por cambiar su actitud. En los años ochenta, por el contrario, los cambios que se realizan afectan directamente las vidas de la mayoría del pueblo soviético, y el destino del nuevo curso político depende a fin de cuentas de la actividad de las clases bajas. Objetivamente, el proceso de cambio ya ha ido mucho más lejos que bajo Jruschov. Esto da pie al optimismo.

La debilidad principal de la nueva izquierda es la brecha persistente entre la "alta" cultura y la "baja" cultura de la juventud. Entre los representantes de la "alta" cultura predominan las ideas y la gente de los años sesenta. Mientras no haya síntesis, o por lo menos dialogo, entre ambas culturas, el liberalismo inevitablemente retendrá la hegemonía. Los estados de ánimo radicales no suelen engendrar programas constructivos. De la protesta a las ideas alternativas el camino es largo y complicado, en particular cuando lo que está en juego no es la solución de alguna cuestión parcial sino la transformación de una cultura. La nueva izquierda no tiene órganos de prensa propios, mientras que los "hijos del XX Congreso" consiguieron agruparse en torno de la revista *Novy Mir*, que en los años sesenta constituyó un verdadero cuartel general para el movimiento radical. Los radicales y los dirigentes juveniles que se hallan fuera de los límites de ese medio no disfrutaban de la misma autoridad de que gozaba grupo *Novy Mir*.

Lakshin, quien alguna vez dirigiera la sección de crítica literaria de *Novy Mir* y figurara como uno de los ideólogos de la izquierda en los años sesenta, ha reconocido que muchos miembros de su generación no han sabido captar la dinámica verdadera del proceso que ha estado verificándose y que demuestran una característica: "falta de sensibilidad por su

tiempo".¹³ A los "hijos del XX Congreso" les parece que al fin ha llegado su hora. En cambio, la nueva izquierda teme que la gente que ya perdió su oportunidad hace veinte años pueda repetir aquella desdichada experiencia. Todo el mundo discute cuanto tiempo más durara el presente "deshielo", y ya han llegado a la televisión ecos de estos debates: El 16 de marzo de 1987, por ejemplo, los televidentes pudieron ver cómo el columnista político Pozner —quien se dio a conocer en las discusiones con su colega estadounidense Donoghue— se veía obligado a defenderse ante el agresivo cuestionamiento de gente joven que no confiaba en la eficacia y permanencia del *glasnost*. Pero son muy pocos los que están pensando en qué se puede hacer para suministrar una consolidación estructural a los cambios ya iniciados, cómo hacer más firme el suelo bajo sus pies.

"¿Cuánto tiempo nos queda?", se preguntan unos a otros Hipnotizados por su propia pregunta, no advierten cuanto depende de la sociedad misma, de ellos. Los escritores se apresuran a "forzar" la publicación de viejas novelas que antes no hubiera aprobado el censor. Pero esta vanidad suya tan sólo desestabiliza la situación. Uno quiere gritar: "¡Alto! ¡Piensa en el presente, trata de entender las tareas de hoy!" Hasta ahora, sin embargo, el legado del pasado ha tenido prioridad sobre las ideas que se dirigen al futuro. Es por ello que, ya en las primeras etapas, el movimiento social lleva en sí elementos de crisis interna. Y esta crisis se superará tan sólo cuando la nueva izquierda formule sus posiciones más precisa y constructivamente y obtenga entre la intelligentsia la influencia que aún no tiene.

El 10. de marzo de 1987, *Moskovskie Novosti* publicó un artículo de L. Karpinski, "Es tonto titubear frente a una puerta abierta", que trataba de los disidentes o, más exactamente, de aquellos que sostienen ideas de izquierda. El autor fue alguna vez expulsado del Partido por propagar las ideas de la "Primavera de Praga", de modo que sabe de lo que habla en esta materia. Karpinski hacía hincapié en la similitud entre la forma como el brezhnevismo era criticado por la izquierda en los años setenta y las conclusiones extraídas oficialmente por el XXVII Congreso del Partido y el Pleno de enero de 1987 del Comité Central. Según Karpinski, la mayoría de los disidentes profesan ideas progresistas, y la oposición socialista debe ahora tomar parte activa "en la labor práctica de construir una nueva realidad". La crítica del pasado debe combinarse con trabajo en aras del futuro, sobre la base de la fórmula revolucionaria: "Más socialismo, y por ende más democracia".

Cuando apareció el artículo de Karpinski, aún se discutía el fin del destierro del Académico Sajarov. Sajarov había sido durante muchos años el líder y el símbolo del movimiento disidente. Uno tras otro, los prisioneros políticos volvían a casa. Los activistas de los grupos juveniles socialistas seguían en los campos, pero se esperaba su liberación en un futuro cercano. Ciertamente, Karpinski fingía un poco al afirmar que los disidentes profesaban los ideales del movimiento de izquierda. La mayor parte de los disidentes afamados de los años setenta o veían con indiferencia la cuestión de la organización social, puesto que se preocupaban exclusivamente por el otorgamiento de derechos civiles garantizados, o bien

¹³ Izvestiya, 3 de diciembre de 1986.

eran partidarios de la libre empresa. Sin embargo, el artículo de *Moskovskie Novosti* debía proporcionar una base ideológica para las decisiones liberales de la dirigencia reformista: su objeto era mostrar que al liberar a Sajarov y a otros disidentes los dirigentes del país obraban no sólo sabiamente sino conforme a principios.

El verdadero problema, sin embargo, radicaba en otra parte. Para los representantes de la oposición de izquierda, no cabía plantearse si participar o no en los cambios. Cada uno de ellos que estuviera en libertad ya estaba haciendo todo lo que podía, sin necesidad de los consejos de Karpinski. El problema era *cómo* participar. Si la lógica de Karpinski significaba sencillamente que se debían apoyar las iniciativas liberales de arriba, tal apoyo no entrañaba un significado particular. El problema con la intelligentsia liberal era que demostraba ser incapaz de toda iniciativa constructiva propia: prefería solamente aplaudir las decisiones de Gorbáchov. Cuanto más nutrido el aplauso, mayor el apoyo. Sin embargo, en la sociedad había surgido una aguda necesidad de nuevas ideas, de una nueva cultura. Lo que se requería no era tanto la crítica del pasado como del presente, no tanto de los otros como de nosotros mismos, y un rechazo de los dogmas liberales que no fuera menos tajante que nuestro rechazo de cualquier otro dogma. Los acontecimientos que han tenido lugar en nuestro país no son sólo importantes para nosotros. La ola de conservadurismo que se volcó sobre el mundo a principios de los años ochenta ha comenzado a amainar. En países de todo tipo, círculos cada vez mayores se dan cuenta de la necesidad de reformas radicales. Las ideas socialistas pueden volver a ser atractivas para la opinión pública de Occidente. Cuan bien lidien con su nuevo papel las fuerzas progresistas de la URSS determinara algo más que su propio futuro. La situación presente no es tan maravillosa como lo hubiéramos deseado, y los acontecimientos suceden menos halagüeñamente de lo que pretenden algunos periodistas. Pero no hay razones para el pesimismo. Esperamos lo mejor.

[Tomado de *New Left Review* n. 164, Londres, 1987. Traducción de Héctor Manjarrez]